

CAPÍTULO TERCERO.—*Indicaciones literarias.*—El progreso de las Ciencias naturales y el sentimiento de la Naturaleza.—La extensión del Universo material.—Tiempos incalculables.—La profusión de la vida en el globo terrestre.—Exclamación á Dios.—La poesía Hebraica y la expresión del sentimiento estético de la Naturaleza . . . . . 33

CAPÍTULO CUARTO.—*Descripciones naturales.*—Ensayo de una descripción física del Ecuador, considerando los objetos desde un punto de vista meramente estético.—Rasgos generales.—El agua y sus fenómenos.—Erucciones volcánicas.—La flora equinoccial.—La formación geológica cuaternaria.—Armonías de la Naturaleza.—Conclusión . . . . . 46



# ESTUDIOS LITERARIOS

POR

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

ARZOBISPO DE QUITO

SERIE SEGUNDA

III

(FRAY LUIS DE LEÓN)



QUITO

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, POR JULIO SAENZ R.

Carrera García Moreno — Cuadra N° 10

1907

*Es propiedad.*

# ESTUDIOS LITERARIOS

---

## SERIE SEGUNDA

---

### EL PADRE FRAY LUIS DE LEÓN

---

#### CAPITULO PRIMERO

##### HORACIO Y FRAY LUIS DE LEÓN

Dificultad de escribir algo nuevo acerca de Fray Luis de León.—  
Reminiscencias personales.—Mérito de Fray Luis de León.—Ca-  
rácter de la poesía de Horacio.—Comparación entre Horacio y  
Fray Luis de León.

## I

Muy difícil, casi moralmente imposible, es decir algo nuevo sobre un autor, cuando acerca de él se han publicado juicios literarios, estudios críticos y trabajos biográficos, debidos á la pluma de escritores de autoridad y mérito indisputable: he aquí lo que, con razón, tememos que acontezca con nosotros al escribir estas páginas consagradas al Padre Fray Luis de León. ¿Qué cosa nueva podremos decir ahora acerca de Fray Luis de

León? ¿Será posible decir algo nuevo sobre el insigne Maestro salmantino, uno de los escritores más conocidos y más diligentemente estudiados de la literatura castellana? . . . .

Estamos convencidos de que no diremos nada nuevo, y, sin embargo, no desistimos de nuestro propósito de escribir unas pocas páginas sobre el gran Maestro, honra de la antigua y con justicia famosa Universidad de Salamanca.

El Padre Fray Luis de León puede ser estudiado desde varios puntos de vista: su saber no fue común y su vasta ciencia, multiplicando sus merecimientos, hace muy difícil el análisis de sus obras. Poseía ciencia teológica, y en ella era no sólo erudito, sino realmente sabio: sus conocimientos en Escritura Santa eran profundos y muy variados: doctísimo en el hebreo, leía los Libros Santos en la lengua original en que los escribieron sus inspirados autores; el griego lo conocía á fondo, y en el latín era maestro; por esto podía entender mejor que otros muchos doctores de su tiempo la Biblia, é interpretarla no de un modo vulgar y rutinario, sino de una manera tan nueva, tan sagaz, tan nada común, que sorprendió á los doctos y no pudo menos de dar armas contra el insigne profesor á sus envidiosos enemigos . . . . ¿Fray Luis de León tuvo enemigos? ¿No los hubiera tenido, siendo como era tan brillante su mérito? . . . . Los tuvo; tenaces en su odio, y, como envidiosos, siempre implacables. . . . No obstante, sin las persecuciones de que fue víctima, no se habría descubierto ni su firmeza de voluntad, ni su invicta mansedumbre, ni su generosa magnanimidad. . . . No caen en la cuenta los enemigos de los varones eminentes, no caen en la cuenta del gran bien que les hacen, cuando los persiguen: si el diamante se conservara siempre envuelto en ese como manto de escoria y de carbón, en que lo escondió la Naturaleza, no brillaría: la codicia lo va á buscar en la mina, lo extrae: los golpes del lapidario lo pulen, lo abrillantan, lo hermosean. . . . Esta observación no es nuestra, es de Poujoulat; el elegante historiador de San Agustín y de Jerusalén. Los enemigos de los hombres grandes,

los hacen padecer; pero contribuyen más que nadie al engrandecimiento de ellos. ¡No lo advierten los envidiosos!

Cinco largos años estuvo aprisionado Fray Luis de León en los calabozos de la Inquisición, en Valladolid: á los cinco años, salió triunfante: la calumnia había quedado derrotada. . . . Restituído á sus antiguos honores, cuando se agolpaba en torno de su cátedra la juventud de Salamanca, ávida de escucharle, ¿cómo se vengó de sus enemigos, en tan propicia ocasión, el perseguido Maestro? *Decíamos ayer*, comenzó diciendo, con sorprendente sencillez, con serenidad inalterable, como quien en la suma de los años de su vivir, no tomaba en cuenta para nada los años de su prisión: vuelto de su encarcelamiento al goce de la libertad y á los honores del profesorado, la envidia y la calumnia quedaban vencidas: se vengó de ellas con la majestad del silencio! (1)

Pocas naciones se habrán engrandecido tanto como España en los principios de la Edad Moderna: valor guerrero, gloria de las armas, posesión de nuevos continentes, esplendor de las artes, ennoblecimiento de las letras, perfección del lenguaje, progreso de las ciencias, brillo extraordinario de la santidad, nada le faltó enton-

---

[1] Algún tiempo después de conservar inédito este opúsculo, leímos el *Estudio biográfico*, que del Padre Fray Luis de León trabajó el Padre Francisco Blanco García: el Estudio del Padre Blanco García, desgraciadamente, quedó inconcluso, á consecuencia del prematuro fallecimiento del autor; pero lo que ha quedado es muy digno de leerse. —El Padre Fray Francisco Blanco García prometía mucho para las letras castellanas: fue una gran esperanza, desvanecida cuando había comenzado á rendir frutos opimos de erudición sorprendente, y de noble, amplio y recto criterio literario. —El Estudio sobre Fray Luis de León es obra escrita con un criterio histórico libre de preocupaciones y muy desembarazado: examina paso á paso los procesos inquisitoriales, á que fue sometido el Maestro León, y emite juicios, que, por lo independientes, no pueden menos de sorprender en boca de un religioso. —El Padre Blanco García, agustiniano, es muy conocido de todos los que cultivan la literatura castellana.

BLANCO GARCÍA.—Fray Luis de León.—Estudio biográfico del insigne poeta agustino.—Madrid, 1904.

ces á España para ser una gran nación, y lo fue, en efecto. Débese al poder de España la conservación de la civilización cristiana en el continente europeo: en Lepanto salvó España á Europa de la barbarie otomana. — El nombre de Fray Luis de León nos ha traído á la memoria el siglo de oro de la literatura castellana; y, con los recuerdos del siglo de oro, la grandeza de la monarquía española, porque á la par de la grandeza política, fue creciendo la excelencia de su literatura.

Nosotros no escribimos una biografía, ni nos proponemos hacer un juicio crítico del Padre León: nuestro intento es muy modesto, y se reduce á exponer, con sencillez, la impresión, que en nuestro ánimo ha causado la lectura, que de las composiciones poéticas del célebre é insigne Fray Luis hemos vuelto á hacer de nuevo, por la... no nos es posible decir el número de veces... ¡Son tantas!... Desde que éramos muy jóvenes, casi adolescentes todavía, hasta ahora, cuando ya el sol de nuestra vida va descendiendo al ocaso, el libro de las poesías del Padre Fray Luis de León no ha caído de nuestras manos; el polvo del olvido no lo ha cubierto nunca en nuestra mesa... Qué impresión la que la lectura de la Oda á *La vida del campo*, nos causó, cuando leímos esa composición la primera vez!... Desde ese día buscamos, con avidez, las poesías de Fray Luis de León; y con la continua lectura de ellas hemos recreado hasta hoy nuestro ánimo.

Habíamos leído y releído las poesías de Arriaza: sus versos nos agradaban mucho, aunque siempre en ellos echábamos de menos algo, que nosotros mismos no acertábamos á explicarnos lo que era.

Poseíamos un librito pequeño titulado "LOS MILAGROS DE JESUCRISTO," y ahí, en ese librito, habíamos no sólo leído muchas veces sino hasta decorado de memoria el himno de Don Leandro Moratín á la Anunciación: esos versos, tan fluidos, tan suaves, tan armoniosos, nos deleitaban; á solas nos poníamos hasta á declamarlos... Leímos la composición á la "*Vida del campo*," y en esos versos, tan sencillos, y en esas estrofas cortas, sin métricas y, al parecer, tan sin artificio, encontramos:

ese nosequé que les faltaba á los versos de Arriaza, combinado con ese otro nosequé, que en el himno de Moratín nos encantaba. . . . El nombre de Fray Luis de León nos fue conocido aquel día: desde aquel instante, nos fue simpático, y no tardó en ser nuestro poeta predilecto.

## II

Lo que vamos escribiendo no son sino meras reminiscencias personales, sin intención alguna, ni pretensiones de juicio crítico literario. ¿Juicio crítico? . . . Sírvanos de excusa la autoridad de Hermosilla!

El Padre Fray Luis de León puede ser considerado como traductor, como imitador y como poeta original: tradujo algunos salmos y casi todo el sagrado Libro de Job; varias odas de Horacio, las Eglogas y los dos primeros libros de las Geórgicas de Virgilio. En estas traducciones, así como en todas las demás obras de Fray Luis de León, se encuentra atesorada una riqueza sorprendente de dicción pura, castiza y muy propia, según la índole genuina del habla castellana: giros enérgicos, construcciones gallardas, frases nuevas: eso caracteriza el lenguaje sencillo y encantador del Maestro León.— Fue verdaderamente maestro en el manejo del idioma castellano: lo pulió, lo renovó y lo enriqueció.

Para juzgar del mérito de sus traducciones, no nos creemos muy competentes: críticos entendidos y que pueden fallar con autoridad en esta materia, dicen que el Maestro León vierte con exactitud el pensamiento de los autores que traduce; pero que no acierta á trasladar al castellano la elegancia del estilo del original: sus traducciones son, por eso, fieles, aunque descoloridas, y ni David, ni Horacio, ni Virgilio tienen vida en las versiones castellanas, que de ellos hizo el Padre León.

El metro adoptado para la versión del Libro de Job le perjudicó muchísimo; sin duda, para reproducir esa vehemente energía, esa concisión desesperante, esa hermosura pintoresca del original: el terceto le obligó, por la ley rigurosa con que debe marchar enlazada la rima,



á parafrasear frecuentemente la expresión, y aún á añadir epítetos y calificativos, que no están en el texto sagrado.—Esto respecto á la traducción, que en verso hizo de aquel divino Libro: en el comentario en prosa la lengua castellana luce galas inesperadas, y ostenta gallardía. ¡Qué modos de decir tan nuevos! ¡Cuánta frase preciosa, engarzada en el oro puro de la dicción castellana!

No obstante, ni la prosa, ni los versos de Fray Luis de León podrán agradar fácilmente á todos; pues el buen gusto suele estragarse, y un vino suave y generoso parecerá insípido á quien tuviere la garganta encallecida con licores quemantes.—Ese estilo recargado de adornos, ese estilo, que evita la naturalidad como un defecto; ese estilo, que huye de la sencillez y que teme la claridad; ese estilo que se atavía con metáforas innecesarias y que hace alarde de la pompa del lenguaje; ese estilo, que, por desgracia, hace tiempo está muy de moda en la literatura castellana, y que ha inficionado á la literatura hispano-americana, es una plaga para el buen gusto, y hará desagradable la lectura de poetas como Fray Luis de León, en los cuales una sencillez hermosa, oculta el artificio.—En esa sencillez, al parecer, tan sin arte, se esconde una destreza magistral consumada: el secreto del arte, dice el crítico Villemain, consiste en saber ocultar el arte.

¿Hasta qué punto la imitación de Horacio le perjudicó al Padre Fray Luis de León en cuanto á originalidad poética?—Juzgamos que la imitación no estorbó en nada á la originalidad.

Fray Luis de León tomó de Horacio solamente lo que convenia tomar, y fue discípulo más bien que mero imitador del lírico romano.—Horacio es modelo de cordura poética; dechado de correcta elegancia, ejemplar de gusto literario exquisito: en sus numerosas composiciones líricas no hay ni una sola falta contra el sentido común, ni un solo movimiento discordante: la razón va gobernando magistralmente á la imaginación, con las suaves riendas del buen gusto. La fantasía no vuela nunca desordenadamente, ni se pierde en las divaga-

ciones aéreas del conceptismo rebuscado.

La frase horaciana es correcta, pura, esmerada: la versificación cuidadosamente trabajada: en la elección de epítetos hay tino admirable: los emplea con sobriedad, los aplica con acierto: siempre con oportunidad; y, cuando los contrapone, sus antítesis son expresivas y muy naturales. Un espíritu tan sagaz, como el del Padre León ¿no había de admirar á Horacio? ¿No había de tomarlo como maestro de buen gusto, como modelo de perfección artística en la poesía?

El fondo de dos composiciones está tomado de Horacio: en *La vida del campo* trata el mismo asunto cantado, en la Oda BEATUS ILLE; y la *Profecía del Tajo* ha sido inspirada indudablemente por el VATICINIO DE NEREO sobre la ruina de Troya.

La Oda en que Horacio celebra las dulzuras y las tranquilas fruiciones de la vida modesta, pasada en silencio, en el campo, termina por un rasgo satírico, que la convierte en una especie de epigrama burlesco: el lírico romano desvanece de ese modo la apacible impresión, que causan sus versos; el lector queda burlado: el poeta no tiene sinceridad, al elogiar la vida sencilla del campo.—Su tema no es la honrada medianía, sino el aburrimiento del usurero Alfio.

Fray Luis de León, al contrario, es sincero: filosofa cantando, y, en sus versos, expresa lo que siente: ama la vida modesta y no codicia riquezas, ni ambiciona preeminencias sociales: su ambición es vivir en paz, gozando de no perturbada tranquilidad.

En la Oda titulada *La Profecía del Tajo* el poeta castellano tiene á la vista la Oda del lírico latino, y le va siguiendo con discreta libertad.—Horacio cantó la ruina de Troya; Fray Luis de León canta la destrucción del reino de los Godos: Troya se perdió por el crimen de Paris, hijo de Príamo: España cayó bajo el yugo de los Sarracenos, á causa de la incontinencia del último de sus reyes, de Rodrigo, el violador de la Cava: Nereo, un dios marino, le sale de repente al encuentro al raptor de Helena, mientras iba, muy contento, navegando con dirección á las costas de Frigia, y lo sorprende, y lo es-

panta, y en los placeres voluptuosos le echa acibar, presagiándole, punto por punto, la guerra y el acabamiento de su reino por causa de esa misma Helena, con cuyos amores regresaba á Troya tan satisfecho. . . . . En la Oda castellana, el Genio del Tajo, la divinidad de las aguas del río, es la que le hace á Rodrigo el vaticinio. ¿Acertó en esto Fray Luis de León?—No vacilamos en asegurar, que, al introducir en esta Oda la mitología clásica, padeció Fray Luis de León una lamentable equivocación: la profecía habría sido más verosímil, si se la hubiera puesto en boca de alguno de los reyes godos, progenitores de Rodrigo, evocándolo para eso de la tumba. La ficción de la divinidad del río Tajo, que saca el pecho fuera de las aguas, y conmina al monarca godo, nos parece inverosímil: lo mismo el aparecimiento de Neptuno, abriendo camino á la armada de los árabes.

En cuanto á los pormenores de ejecución, Fray Luis en la *Vida del campo* es superior á Horacio: la descripción del huerto y de la fuente, así por el gusto delicado con que está hecha, como por la armonía sencilla de la versificación y el contraste entre la tranquilidad de la vida modesta y el susto de la borrasca en el mar, no se hallan en Horacio: el poeta castellano tiene movimiento lírico, porque su imaginación concebía la hermosura del campo de un modo más bello que el poeta latino, y porque sentía de veras lo agradable de la vida tranquila.

Al contrario, en la *Profecía del Tajo*, Fray Luis queda inferior á Horacio: las estrofas castellanas tienen armonía; la descripción es animada, rápida; el estilo vehementemente; pero no se encuentran esos rasgos enérgicos, esas imágenes patéticas, que hacen admirable sobre toda ponderación la Oda de Horacio.—Nereo, el dios marino, reta á París, lo aterra, lo anonada. . . . . La ficción tiene verosimilitud, porque en la mitología greco-latina á Nereo se le atribuía el dón de vaticinar lo futuro.

Los presagios están hechos con una ironía durísima y con una cierta burla implacable: la Oda castellana carece de esos arranques, que tanta gracia le dan á la latina.—Esta adquiere, además, importancia histórica, si se la considera no como un mero ejercicio poético, sino co-

mo una alegoría y una alusión á la guerra civil entre Antonio y Augusto.—Paris (se asegura no sin seducimiento), simboliza á Antonio, cautivado por las seducciones de Cleopatra, la hermosa y artera reina de Egipto.

En vano sería detenernos más en analizar la Oda de Horacio, haciendo comparaciones con la imitación, que de ella hizo Fray Luis de León en su *Profecía del Tajo*: para poner de manifiesto la influencia, que el gran lírico romano ejerció sobre el más insigne de los poetas castellanos del siglo de oro de la literatura española, basta con lo que hemos dicho.

Por lo demás, este asunto ha sido dilucidado ya por el Señor Don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, con tanta gloria para las letras españolas, empuña ahora el cetro de la ciencia y del buen gusto entre los críticos castellanos: su erudito y ameno libro sobre *Horacio en España* merece ser conocido y estudiado por cuantos amen el cultivo de la literatura patria, de la literatura de veras clásica, sana y sustanciosa (1).

Fray Luis de León estaba empapado, como dice el Señor Menéndez y Pelayo, en la lectura de Horacio; en su manera poética: nosotros añadiremos, que el gran lírico salmantino estaba también lleno de la poesía de Virgilio: esta misma *Profecía del Tajo* es una reminiscencia del apareamiento del dios del Tíber, que se yergue, pecho afuera, sobre las aguas, y le vaticina á Eneas las futuras guerras en el Lacio, como se cuenta en el libro octavo de la Eneida.—Esas nereidas, que introduce Fray Luis en su *Oda á Santiago*, ¿quién no conoce que es otra reminiscencia poética de la Eneida?—En la epopeya latina, una de las naves de Eneas, metamorfoseada en ninfa, le sale al encuentro: con la izquierda, se ase de la popa del navío, en que iba el héroe troyano; y, con la derecha, bate el agua, sirviéndose de su brazo como de remo: compárese la ficción de Virgilio (Libro décimo de la

---

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO.—Horacio en España.—(Tomo segundo.—La poesía horaciana.—La poesía horaciana en castilla).

Eneida), con las estrofas siguientes de la Oda á Santiago:

Por las tendidas mares  
la rica navecilla va cortando;  
Naveidas á millares,  
del agua el pecho alzando,  
trabadas entre sí, la van mirando.

Y de ellas hubo alguna,  
que, con las manos de la nave asida,  
la aguija con la una,  
y con la otra tendida  
á las demás que alleguen las convida.

La reminiscencia poética es indudable: el Padre León, al componer estas estrofas, tuvo presentes los versos de la Eneida, en que Virgilio refiere el repentino é inesperado encuentro de Eneas con sus propias naves, transformadas en ninfas marinas por Cibeles (1).

Ya el Duque de Rivas, en su precioso prólogo de su *Moro expósito*, había llamado la atención de los críticos hacia otra no menos diestra imitación, que de un pasaje de las Geórgicas, había hecho Fray Luis en una de sus odas á Felipe Ruiz.—Detenernos más en este punto nos parece innecesario.

---

(1) Véanse los pasajes siguientes de la Eneida.—Libro octavo (versos 26-66).—Libro décimo (versos 215-227).

## CAPITULO SEGUNDO

### DE FRAY LUIS DE LEÓN COMO POETA ORIGINAL.

Carácter de la poesía de Fray Luis de León.—Análisis de su Oda á la *Ascension del Señor*.—Análisis de su composición á la *Vida del Cielo*.—Su *Cancion* á la Santisima Virgen.—Observaciones generales.

## I

Si á nosotros se nos exigiera que expresáramos cuál es el carácter, que distingue á las poesías originales de Fray Luis de León, diríamos que el Padre Fray Luis de León, considerado como poeta original, es poeta docto: el carácter distintivo de las composiciones poéticas originales del Maestro León es la ciencia: ciencia profunda, expuesta con una sencillez natural, encantadora.

En las composiciones místicas es teólogo: en las composiciones morales es filósofo. Su poesía original es siempre docta: cuando filosofa cantando, entonces su mente se manifiesta alumbrada por la plácida claridad de la revelación cristiana, sus conceptos son elevados y su musa, sacudiendo con desdén el polvo de lo terreno, abre sus alas y se va encumbrando poco á poco á regiones, á donde la musa pagana no pudo levantarse jamás. Cuando la inspiración mística commueve su alma, entonces se enardece con el fuego sagrado del amor divino: se olvida de Horacio y de Virgilio y sus reminiscencias son todas de pasajes bíblicos.

Fray Luis de León consideraba la poesía como una profesión sagrada: para Fray Luis de León el arte era profanado, cuando el poeta lo empleaba en celebrar devaneos mundanales. *La poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino*, dice Fray Luis de

León: éste es el único objeto digno de ella, lo sagrado: los que la sacan de él, añade el austero Maestro, los que, forzándola, la emplean, ó por mejor decir, la pierden en argümentos de liviandad, habían de ser castigados como públicos corrompedores de dos cosas santísimas, de la poesía y de las costumbres (1).

Quien tales ideas tenía acerca de la poesía y del arte, no podía menos de buscar para sus versos inspiración ó en las elevadas concepciones de una filosofía netamente espiritualista, ó en las sagradas enseñanzas de la doctrina revelada. Hablemos de sus poesías místicas: después diremos algo sobre sus composiciones morales.

Las composiciones místicas son pocas: las odas tituladas *A la Ascensión del Señor*, y *La vida del Cielo*; *la Canción á Nuestra Señora*, otra poesía á la misma Virgen Santísima y *la Canción á Cristo crucificado* (si ésta fuere auténtica, lo cual no parece bien demostrado): también las odas á *Santiago* y á *Todos los santos*.

Las poesías de Fray Luis de León no tienen todas mérito igual: en algunas se echa de menos la verdadera inspiración poética, y el autor trabaja penosamente: el estro se le ha apagado; las estrofas carecen de gracia, y la marcha de los pensamientos llega á ser prosaica.

Entre las composiciones místicas, solamente tres son perfectas: *A la Ascensión del Señor*, *La vida del Cielo* y *la Canción á Nuestra Señora*: en ellas el Padre estuvo de veras inspirado: es el himno netamente cristiano. En el fondo, doctas: no hay ni un solo pensamiento que desdiga del carácter sagrado del asunto, y los afectos son piadosos, con la piedad pura, sincera y espiritual, inspirada por el cristianismo.

Leámoslas despacio, una por una.

En la Oda á *la Ascensión del Señor*, el momento poético ó la situación del autor está muy bien elegida: canta un hecho ya pasado; pero no lo canta como pasado, sino como si fuera presente: el poeta se imagina en

---

(1) Véanse los *Nombres de Cristo*. (Libro primero, párrafo séptimo).

el monte Olivete: está entre los Apóstoles y discípulos que presencian la última aparición corporal de Jesucristo: asiste á la entrevista del Maestro divino, recibe su bendición y ve cómo, poco á poco, se va majestuosamente elevando al cielo: se queda en silencio un gran rato, mudo de asombro: vuelve en sí, y prorrumpe en quejas y en reconvenciones afectuosas. Todas las figuras poéticas empleadas por el autor se reducen á una sola: preguntas de tristeza, interrogaciones doloridas. Preguntas, interrogaciones muy naturales, dada la situación moral del poeta: el Señor sube al cielo, se aparta corporalmente de sus discípulos: ese apartamiento es perpetuo, es para siempre: el poeta prorrumpe en reconvenciones amorosas.

Entre todas las cualidades propias del Redentor, en ese momento se fija solamente en la de Buen Pastor: ésa le impresiona profundamente; he ahí uno de los primores de esta pieza deliciosa. No la cualidad de Señor; no la cualidad de Maestro: la cualidad de Pastor, y su santidad: *Pastor Santo*. . . . . De aquí el contraste bellísimo del Pastor, que se va, y del rebaño, que se queda desamparado.

Y ¿dejas, Pastor santo,  
tu grey en este valle hondo, oscuro,  
con soledad y llanto;  
y tú, rompiendo el puro  
aire, te vas al inmortal seguro?

Rebaño, que se queda desamparado en el mundo,  
*valle, hondo y oscuro*: Pastor, que se va al cielo, *valle,  
inmortal, seguro*.

La comparación entre la dicha de los discípulos mientras estuvo con ellos el Señor, y la suerte peligrosa á que se quedan expuestos con la ausencia del Pastor, es una consecuencia natural del primer pensamiento: las expresiones que emplea el poeta, son tiernas, graciosas, delicadas. Las tres estrofas siguientes son de un verdadero poeta creyente:



Los antes bienhadados  
y los agora tristes y aflijidos,  
¿á tus pechos criados,  
de tí desposeídos,  
¿á do convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos,  
que vicron de tu rostro la hermosura,  
que no les sea enojos?  
¿Quién oyó tu dulzura,  
qué no tendrá por sordo y desventura?

¿A aqueste mar turbado  
quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto  
al viento fiero, airado?  
Estando tú cubierto,  
¿qué Norte guiará la nave al puerto?

El elogio del Salvador es hermoso, y magistralmente hecho en estas primorosas estrofas: el recuerdo del milagro del Señor, cuando salvó la barca de los Apóstoles, que, combatida de los vientos y de la tempestad, estuvo á punto de zozobrar en el mar de Galilea, es muy natural; y la comparación, que de las tribulaciones de la vida, hacen los discípulos con las borrascas del mar, es muy propia en boca de gentes, cuya ocupación ordinaria era la de pescar.

La última estrofa es un apóstrofe muy natural á la nube, que, según el historiador sagrado, ocultó al Señor, de la vista de los discípulos:

¡Ay! nube envidiosa  
¿áun de este breve gozo, ¿Qué? ¿Te quejas?  
¿Do vuelas presurosa?  
¡Cuán rica tú te alejas!  
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

La extensión de esta composición, como lo han notado ya algunos críticos, es uno de sus aciertos: en la

brevedad de ella consiste una de sus excelencias. Dice lo que era natural que dijera: si hubiera añadido algo más, la grata impresión, que causa en el ánimo del lector, se habría debilitado, porque la naturalidad habría dejado de ser sencilla, y se hubiera notado el artificio.— Uno de los secretos del arte consiste en la prudente y mesurada extensión de las composiciones líricas: la vehemencia de los afectos dura poco, y es muy fácil trocar la elocuente expresión de las pasiones en declamación retórica, falta de naturalidad.

Haremos notar algunos primores de ejecución en esta poesía.—La primera estrofa comienza con una conjunción, con la *v*, que es conjunción copulativa.

¿Y dejas Pastor santo.....

¿Qué une aquí la *v*? ¿Dónde están los miembros de la oración, á los cuales esa conjunción sirve de vínculo.....? Cuando algún afecto enérgico se apodera de nuestra alma, la mente queda embargada; fija en el objeto, que domina su atención y la absorbe: entonces no se habla; la palabra exterior está suspensa; allá, adentro, en lo más íntimo de sí misma, el alma habla; pero habla en silencio: cesa algún tanto el asombro, y la lengua se desata en exclamaciones: hay entonces dos partes en la expresión de los afectos: la una es secreta, íntima; la otra, exterior, pero relacionada con la primera.— Si nosotros no estamos equivocados, esa situación del ánimo es la que ha expresado Fray Luis de León, y la ha expresado felizmente, poniendo esa conjunción copulativa, esa *v*, como primera palabra de su composición. Después algunos otros poetas han imitado esta elegancia de lenguaje: unos con feliz acierto, como Lista en su Oda "A la muerte de Jesús": otros con desairado amaneramiento.

¿Habrá una expresión más afectuosa; y, al mismo tiempo, más significativa para hablar de la bondad de Jesucristo para con sus Apóstoles, que el decir que éstos habían sido criados á los pechos del Maestro Divino?— *A tus pechos criados.... De tí desposeídos!....* Expresiones como éstas son de un verdadero poeta.

## II

Ni en esta Oda ni en la que canta las dulzuras de la *Vida del Cielo* razona ni discurre el Padre León: henchida de santos afectos el alma, se exhala en exclamaciones fervorosas. La felicidad de la eterna bienaventuranza se le representa bajo la imagen evangélica del Buen Pastor, que pastorea y apacienta á las almas, dándoles á gustar el Bien Sumo, sin tasa ni medida. Recordemos algunas de sus estrofas. Comienza con una exclamación, en la que, dirigiéndose al cielo, le saluda, de un modo fervoroso y anhelante.

Alma región, luciente  
prado de bienandanza, que ni al hielo  
ni con el rayo ardiente  
fallece, fértil suelo,  
producidor eterno de consuelo!

Como va á representar la gloria celestial bajo el símbolo del Buen Pastor, llama *Prado* á la santa región del cielo, y describe las condiciones de ese prado de felicidad. *Prado de bienandanza*: ni el hielo, ni el calor lo marchitan nunca: siempre está fértil; jamás árido, y ¿en qué es fértil? ¿Qué produce? Produce el consuelo del alma, eternamente!!

Saludado así el cielo, sigue la descripción de la vida bienaventurada:

De púrpura y de nieve  
florida la cabeza coronado,  
á dulces pastos mueve,  
sin honda ni cayado,  
el Buen Pastor en tí su ható amado.

El va, y en pos, dichosas,  
le siguen sus ovejas, do las pacc  
con inmortales rosas,

con flor, que siempre nace,  
y cuanto más se goza, más renace.

Y dentro á la montaña  
del alto bien las guía, y en la vena  
del gozo fiel las baña,  
y les da mesa llena,  
Pastor y pastó. Él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando  
la cumbre toca altísima subido  
el Sol; Él, sesteando,  
de su ható ceñido,  
con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro  
y el inmortal dulzor al alma pasa,  
con que envilece el oro,  
y, ardiendo, se traspasa  
y lanza en aquel bien, libre de tasa.

Tal es la descripción de la vida del cielo, hecha bajo la alegoría evangélica del Buen Pastor: hay alusiones á la vida y costumbres de los pastores de Castilla en aquel tiempo, y reminiscencias del idilio de Salomón titulado *El Cantar de cantares*; pero todas traídas con una gracia y una sencillez embelesadora.

El Buen Pastor está coronado de rosas y azúcenas. La circunlocución de que se sirve el Padre León, para expresar este pensamiento, es oscura: *púrpura florida* las rosas: *nieve florida*, las azúcenas. En algunas composiciones del mismo Fray Luis se encuentran, de cuando en cuando, estas perifrasis oscuras, que siempre son censurables, porque con ellas se falta á la regla más esencial del buen gusto, que es la claridad.

En el cielo, el Pastor celestial no lleva honda ni cayado: ¿honda en el cielo, donde no hay bestia enemiga, que saltee el rebaño? ¿Cayado, cuando el rebaño va dócilmente tras su Pastor, sin desparramarse ni extraviarse?

El Pastor divino guía á sus ovejas á la montaña; pero la montaña, en que las introduce, es la montaña del Sumo Bien: el Pastor divino baña á sus ovejas; pero el agua, en que las baña, es la fuente del gozo eterno, la vena del gozo fiel: el Pastor divino es sombra para sus ovejas; música regalada, pasto y suerte buena. . . . *Pastor y pasto Él solo y suerte bueno!* . . . De este modo, tan verdaderamente poético y á la vez tan sencillo, se expresan conceptos de la más elevada Teología, sin que lo hermoso de la expresión amengüe la exactitud científica de la doctrina sagrada.

Este verso:

Pastor y pasto Él solo y suerte buena,  
es un compendio de toda la ciencia revelada, en punto á la bienaventuranza celestial.

Pocos cuadros hay en la poesía castellana, tan graciosos como el del Pastor celestial, ceñido de su hato, secando á la hora del mediodía, y tocando el rabel sonoro, con que deleita el santo oído de las almas justas, y las llena de immortal dulzura. En el docto Maestro salmantino la exactitud teológica no empece en nada á la belleza de la expresión poética.

Concluye la oda con dos estrofas de un gusto místico muy regalado:

¡Oh! són! . . . ¡Oh voz! . . . Siquiera  
pequeña parte alguna descendiese  
en mi sentido, y fuera  
de sí el alma pusiese  
y toda en tí ¡oh amor! la convirtiese!

El rabel sonoro, que toca el Pastor celestial, ¿qué rabel es? . . . El poeta lo dice en esta estrofa: ese rabel es la presencia de Jesucristo, es su vista, que recrea á las almas; es su voz, la voz del Pastor, que las deleita, que las hechiza y que las sumerge en dulzuras inefabiles. La vista de la adorable humanidad del Redentor es una de las delicias del cielo: también aquí la teología y la poesía están acordes.

Éra muy natural que quien se deleitaba tanto con

la contemplación de las maravillosas fruiciones de la vida del cielo, anhelara por saborear aquí en la tierra, si quiera algo, un poco, de aquel gozo inefable: este deseo se expresa en las dos estrofas últimas, la que hemos citado y la que vamos á copiar aquí:

Conocería donde  
sesteas, dulce Esposo; y desatada  
desta prisión, adonde  
padece, á tu manada  
viviera junta, sin vagar errada.

Este pensamiento está tomado del *Cantar de cantares*, y es casi traducción literal de un versículo de aquel Libro sagrado, el versículo sexto del capítulo primero, que el mismo Padre Fray Luis de León ha vertido así: "Easéñame, amado de mi alma, donde apacientas, donde sesteas al mediodía: porque seré yo descarriada entre los ganados de tus compañeros."

### III

La composición á Nuestra Señora es, por el metro y la combinación de los versos y, sobre todo, por la índole de ella, una canción, según el gusto italiano: la entonación es grave y elevada, el entusiasmo poético, sereno, sin los arranques patéticos de la oda; pues el lirismo de las canciones requiere cierta calma y tranquilidad del ánimo, que dé lugar á las consideraciones de la mente. La canción tiene una simetría estudiada, que facilita la expresión de los afectos, de un modo menos desordenado que en la oda: las estancias son diez; cada una consta de once versos: concluye la canción con la estancia corta de cinco versos, en todo conforme con la práctica métrica de la escuela italiana.

Cada estancia consta de tres puntos: el elogio á la Virgen Santísima; la exposición del estado angustioso del poeta, y la súplica, en la cual implora el auxilio divino, por la intercesión de la Madre de Dios.

Esta Canción fue compuesta en los calabozos del Santo Oficio en Valladolid, cuando más apretada estaba la prisión del pobre agustino; antes tan lleno de consideraciones, y entonces pereciendo hasta de hambre: abandonado, por miedo, áun de sus propios amigos, levantó el corazón al cielo y buscó auxilio en el único pecho, en que era posible encontrar compasión y valimiento, en el pecho de la Madre de la justicia y de la verdad, á cuyos pechos virginales floreció la vida, como el mismo Padre lo dice hermosamente.

No nos cansaremos de repetir: la musa mística de Fray Luis de León es musa docta: en los elogios campea la ciencia teológica, expresando las excelencias de la Divina Virgen, con una gallardía de lenguaje incomparable!... ¡Qué manera ésa de expresar los profundos conceptos de la ciencia sagrada, con tanta precisión y galanura!... Los epítetos están escogidos con un tino sabio: el poeta era de veras teólogo. Nada falta, nada está por demás en esta canción admirable, una de las joyas más preciosas, indudablemente, de la poesía castellana: de cantar á la Virgen Divina, así se la debe cantar!

La Canción *Del conocimiento de sí mismo* confirma lo que hace poco observábamos respecto del carácter distintivo de la poesía del Maestro León: dijimos que era poesía docta, que Fray Luis era poeta filósofo y que su filosofía era la filosofía cristiana. Estas dotes resplandecen en la poesía filosófica sobre el conocimiento de sí mismo.

En la *Noche serena*, en la Oda á Salinas, en que canta los loores de la música, y en la dirigida á Felipe Ruiz sobre la contemplación de las maravillas del Universo material, se puede conocer de qué manera, tan correcta y tan diestra, sabía Fray Luis de León expresar la emoción estética, que en su nobilísima alma causaba la hermosura de los objetos criados. El canto tiene una entonación calmada y majestuosa: las estrofas se suceden unas á otras, desenvolviendo la serie de pensamientos y de afectos, que brotan del alma contemplativa del poeta, la cual, con vuelo sereno, se eleva de la vista de

la belleza terrena á la consideración de la belleza espiritual: de lo creado pasa á lo increado; de lo perecedero se remonta á lo eterno.

Un fervor místico anima los Cantos de Luis de León, dice el ya citado Villemain; ese fervor místico lo convierte en poeta iluminado por la gracia divina, así como en nuestros días ha habido poetas inspirados por la melancolía y por el hastío del corazón [1].

¡Qué figura tan admirable es la de Fray Luis de León! Sobre su cabeza brilla la llama del genio: su rostro meditabundo está alumbrado con la claridad de la ciencia: ha puesto sus ojos en la tierra, pero su alma, por la contemplación, vive en el cielo ... Lleva en su diestra una lira: esa lira es la lira de Horacio, de la cual el teólogo poeta ha sabido arrancar sonos y melodías, que el vate venusino era incapaz de arrancar.... Ha sacudido el polvo, el polvo secular, que el tiempo había ido amontonando sobre la lira del cantor de Lidia y de Pirra, y en esa lira, así limpiada del polvo profano de los siglos, cantó los gozos inefables de la *Vida del Cielo*.



(1) VILLEMMAIN.—Ensayo sobre el genio de Píndaro. [Capítulo veintinueve].



## CAPITULO TERCERO

### DE FRAY LUIS DE LEÓN Y DE SUS OBRAS EN PROSA

Los místicos castellanos.—Ligeras observaciones sobre ellos.—Escritos en prosa de Fray Luis de León.—Carácter distintivo de estos escritos.—Mérito intrínseco de ellos.—Una palabra sobre *La Perfecta casada*.—Juicio acerca de *Los Nombres de Cristo*.—Conclusión.

## I

Hemos considerado á Fray Luis de León como poeta, y lo hemos estudiado bajo dos aspectos: como imitador de Horacio, y como poeta original: para que esté *Estudio literario* sobre el insigne Maestro agustino sea completo, diremos unas pocas palabras acerca de sus obras en prosa.

Fray Luis de León fue poeta lírico y escritor de obras místicas en prosa: como poeta, es uno de los más eminentes del Parnaso castellano: entre los escritores místicos de la célebre escuela agustiniana ocupa el primer lugar, y es, con justicia, el mayor timbre de gloria de esa escuela. En el grupo numeroso de los escritores místicos castellanos, en ese grupo, en que presiden el Bienaventurado maestro Juan de Avila y el Venerable Padre Fray Luis de Granada; en ese grupo, en que descuellan los Padres Pedro de Rivadeneira, Luis de La Palma y Luis de La Puente; en ese grupo, en que resplandecen Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz; en ese grupo, en que se yergue majestuosa la veneranda figura del Bienaventurado Orozco; en ese grupo glorioso cual otro ninguno, en que Fray Juan de los Angeles y el Padre Diego de Estella brillan al lado de Malón de Chaide y Eusebio de Nieremberg; en ese gru-

po, compuesto de santos inspirados y de varones sabios, el Padre Fray Luis de León ocupa un puesto único y singular.

En los escritores místicos castellanos conviene considerar dos cosas: el fondo de la doctrina y el modo de exponerla artísticamente, por medio de la palabra escrita. Todos eran teólogos profundos, y conocedores perfectos de las enseñanzas católicas; hacían profesión de vida austera, y procuraban la perfección evangélica, mortificando sus pasiones y viviendo desasidos de lo terreno; insignes en el conocimiento del corazón humano, que, con ojo sereno, lo habían examinado primero en sí mismos, y después en sus semejantes: su doctrina moral descansa en el dogma revelado y, por eso, en sus enseñanzas hay solidez y claridad; no fluctúan, llevados de un lado á otro por el viento helado de las opiniones humanas; marchan seguros por el camino derecho, abierto por el Evangelio; conocen los tropiezos y saben donde están los peligros: no vacilan, ni andan á tientas: llevan la antorcha clarísima de la fe, y van iluminados; además, por las luces serenas de la ciencia.

Cuando toman la pluma para escribir, no se proponen un fin meramente temporal: el provecho material, lo desprecian; la alabanza humana, les inspira terror: buscan sólo un fin sobrenatural, y se esmeran en ser claros, de modo que todos puedan comprender lo que escriben para el bien eterno y el provecho espiritual de todos. De este anhelo de la claridad procede el cuidado, con que buscan y eligen las expresiones; el esmero, que ponen en pulirlas y tornarlas suaves; la diligencia, que emplean en componer y ordenar las cláusulas; y la prolijidad, con que elaboran el período, procurando hacerlo amplio, redondo, cadencioso. Hay en las obras de los místicos castellanos, indudablemente, arte, arte intencional: ese arte es buscado, como medio para llegar más fácilmente al corazón humano, cuyas condiciones morales conocen á fondo: el arte es la llave, muchas veces llave de oro, con que abren diestramente las entradas secretas del pecho humano, se entran dentro, escuchan lo arcaño de la voluntad y desdoblán de pliegue

en pliegue el alma pecadora, sin dejar fibra que no sacudan, ni apetito que no limpien, ni afecto que no purifiquen. ¿Qué seno del alma, por recóndito que sea, no sondean? . . . Alumbran la mente con su enseñanza, clara, sencilla unas veces; otras, fulgurante, deslumbradora: convencida la inteligencia, rinden la voluntad, se enseñorean de ella, la cautivan, la dirigen, la gobiernan: el hombre queda vencido; la pluma del místico ha sido, para valernos de una expresión de San Pablo, espada de dos filos. *Utraque parte acuta*. . . En estas victorias el triunfador, matando, da la vida.

Los escritores místicos castellanos sabían muy bien que las obras de Dios no se habían de hacer con descuido, y, por eso, ponían gran esmero en que fuesen bien escritas las páginas, que, para dar gloria á Dios, escribían: en las obras místicas de los escritores castellanos hay arte; el lenguaje es puro, acrisolado; el estilo, sencillo, pero nunca desgreñado. Los místicos castellanos fueron artistas sinceros de la palabra escrita, y santificaron el arte.

## II

El Padre Fray Luis de León ha sido juzgado por Sismonde de Sismondi, por Ticknor y por Bouterwech, escritores, cuyo criterio no podía menos de ser incompetente para juzgar á un autor, tan profundamente docto en la Teología católica como lo fue el Padre León.— El célebre Maestro agustino no es, ni puede calificarse de escritor simplemente piadoso: si como poeta es docto, como prosista es doctísimo.

Su manera literaria es sencilla, pero amena: gusta de la galanura del estilo, y la procura con cierto arte disimulado. Pero, el carácter que distingue sus escritos es la ciencia: ciencia elevada, ciencia profunda. Es siempre teólogo: no tanto aspira á conmover el ánimo, cuanto á ilustrar la inteligencia: ilumina la mente, y no se empeña en ablandar la voluntad.

Tiene menos unción, es menos afectuoso que Fray Luis de Granada: en el místico dominicano hay mucho

de la suavidad, de la ternura fervorosa de San Buenaventura: el místico agustino se asemeja á Santo Tomás, en lo sencillo de su expresión, en lo encumbrado de sus conceptos y en esa serenidad imperturbable para mirar de frente el foco de luz, que irradia del dogma cristiano.

Todas las obras en prosa de Fray Luis de León son estudios y explicaciones de la Santa Escritura: no se sirve del texto sagrado para probar la doctrina que está enseñando: lee los textos bíblicos, los explica, los analiza, los expone de preferencia en el sentido literal; y de la exposición del texto sagrado deduce las enseñanzas, con que va hinchando sus doctísimos libros: la ciencia bíblica rebosa en las hermosas páginas del sabio Maestro, honra y prez de la familia agustiniana!

Conoce admirablemente el hebreo: da mucha importancia al texto original de la Biblia: toma las expresiones, las analiza, las desmenuza, desentraña el sentido y da á la interpretación del texto sagrado una sorprendente novedad.—En este punto de la importancia del conocimiento de los textos originales para la mejor interpretación del Texto sagrado, las opiniones de Fray Luis de León no son tan sólo nuevas: son verdaderas intuiciones: vió tres siglos antes la Biblia, con los ojos de la Hermenéutica moderna.

Las obras principales en prosa escritas por Fray Luis de León son cuatro: *La Exposición del Libro de Job*, la *Exposición del Cantar de Cantares* de Salomón, *La perfecta casada* y *Los Nombres de Cristo*: todas cuatro, como se vé hasta por los mismos títulos de las dos primeras, son trabajos sobre la Santa Escritura: exposición de la Santa Escritura, comentario de ciertos Libros y pasajes de la Biblia, hecho en castellano.—En este género de literatura mística el Padre León es admirable: le precedió el Maestro Juan de Avila con su de veras magistral exposición del *Audi filia*, en que expuso de preferencia el sentido espiritual del Salmo cuadragesimo cuarto. Fray Luis de León, con ser tan rica en escritores místicos la literatura castellana, no tiene rival en la exposición de la Escritura Santa: tal vez, no estamos equivocados, si aseguramos que en este género de lite-

ratura mística es único.

En *La perfecta casada* explica el último capítulo del Libro de los Proverbios, en que Salomón hace el elogio de la Mujer fuerte; explana el sentido literal de cada versículo, y presenta reflexiones morales, proponiéndose un objeto de utilidad práctica en el comentario de la Escritura: la moral cristiana doméstica, la santificación del hogar por medio de la castidad conyugal, del trabajo y de la oración: señala los defectos de la devoción, censura los resabios de la vanidad y, con un cierto donaire, que no desdice de la gravedad del estilo, pone en ridículo una de las más incorregibles manías de las mujeres.

El tratado conocido con el título de *Los Nombres de Cristo* es, rigurosamente hablando, una exposición de la doctrina católica relativa á la Encarnación del Verbo Divino y Redención del género humano: no hay un libro más docto que éste en castellano.—Escoge en los Salmos, en los Profetas y en los Libros sapienciales los textos, que se refieren al Verbo Divino humanado, los analiza y los explica de propósito, y luego discurre acerca de la doctrina en ellos contenida. Así trata de los fines altísimos de la Encarnación, de las virtudes y de las excelencias de Jesucristo, de sus atributos maravillosos como Redentor y Mediador del linaje humano, y de los admirables frutos de la redención: todo con solidez de doctrina, con exactitud de expresión, con sabiduría consumada.—Dos cosas merecen ponderación: la plenitud de la ciencia y la sencillez de la exposición.

La obra está escrita en diálogo: los interlocutores son tres; pero es una conversación con aires de conferencia teológica, en que se trata de elevadas cuestiones dogmáticas con un tono, al parecer familiar: decimos, que el tono es familiar sólo en apariencia, porque, en realidad, es más bien el tono de la elocuencia doctrinal, que, á veces, se levanta y encumbra al suave calor de una devoción fervorosa, que anima y conmueve á los interlocutores. Entonces el lector, fascinado por la elocuencia del discurso, se olvida de que es una tercera persona la que está hablando, y entra en comunicación directa con el mismo autor: no es Sabino á quien está es-

cuchando, es el mismo Maestro el que habla, es Fray Luis de León: el viento suave de la inspiración le ha tocado, y del labio enardecido comienza á brotar el torrente de la elocuencia, en frases primorosas, en construcciones holgadas, en períodos inacabables. ¡Qué donosura en la dicción! ¡Cuánta riqueza de ideas!..... Lo sólido de la doctrina está acompañado de la gracia en el estilo, de la amenidad en el lenguaje.

Cuando comparamos los libros de los místicos castellanos, tan llenos de sólida doctrina teológica, con los escritos modernos de ciertos autores, ayunos de ciencia y condimentados de una piedad afeminada y melindrosa, no podemos menos de deplorar ese espíritu de triste decadencia y de pusilanimidad, que va cundiendo hasta en la vida cristiana. Quisiéramos que los literatos explotaran esa riquísima mina de pura y acendrada dicción castellana, que yace sepultada en las obras de los ascéticos españoles: ¿por qué despreciar lo que no se conoce? ¿Por qué mirar con desdén lo que se ignora?

1890

✠ Federico González Suárez,  
ARZOBISPO DE QUITO.

---